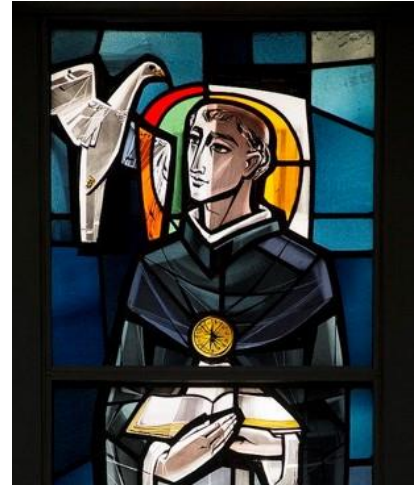


## **Nuestros valores del sello de inspiración tomista profundizados en las cápsulas tomistas**



Con el fin de facilitar la mejor comprensión de la inspiración tomista de nuestro sello y que esto promueva su mejor asimilación y vivencia entre los miembros de la comunidad Santo Tomás, agrupamos las cápsulas tomistas que han abordado cada uno de los valores y su fundamento, que es la centralidad de la persona. Porque valoramos cada persona, la apoyamos y especialmente a nuestros estudiantes a quienes también les exigimos para que desplieguen sus potenciales, todo enmarcado en los cinco valores de amor a la verdad, pensamiento crítico, respeto e inclusión, solidaridad y fraternidad y excelencia y esfuerzo.

De esta manera la doctrina del santo de Aquino seguirá iluminando la tarea educativa que nos convoca con los desafíos que conlleva, educación entendida como “conducción y promoción [del educando] al estado perfecto del hombre en cuanto hombre, que es el estado de virtud” (Santo Tomás de Aquino, *Comentario a las Sentencias IV*, dist. 26, q. 1, a. 1).

El conjunto de las cápsulas está disponible en la Web: <http://www.santotomas.cl/formacion-e-identidad/quienes-somos/centro-estudios-tomistas/capsula-tomista/>

Espero sea de utilidad e inspiración,

Esther Gómez  
Dirección Nacional de Formación e Identidad  
Octubre 2023

- Dignidad de la persona – Respeto (1, 2, 15)
- Amor a la verdad: teórico, práctica; armonía fe y razón (3, 4, 5, 6).
- Solidaridad – fraternidad (7, 8, 9, 10)
- Excelencia y esfuerzo (11, 12, 13)
- Pensamiento crítico (14).

## 1 La dignidad de la persona (agosto 2012)

---

Hace poco escuchaba acerca de los derechos que la legislación chilena reconoce al *nasciturus* ya desde el seno de su madre. Tal afirmación opera a partir del hecho de que todo ser humano es persona. Pues, efectivamente, ¿podría existir un ser humano y no ser persona, como si la vida personal le adviniera en un momento posterior al inicio de la vida, al modo como les salen los dientes a los niños? Si así fuera, ¿qué sería antes?

Persona es ese ser que puede conocer su fin y dirigirse libre y conscientemente a él. Su capacidad de elección y, por tanto, de ser dueña de su vida procede de su espiritualidad, de su racionalidad. Racional no sólo en cuanto capaz de conocer y expresar la realidad en lo que es y de discernir el bien y el mal, sino también de dirigirse a sí misma pudiendo orientar su vida hacia lo que le perfecciona: tender lazos interpersonales en una comunicación en el amor.

Santo Tomás dice que “persona significa lo más perfecto que hay en toda la naturaleza, o sea, el ser subsistente en la naturaleza racional” (*Suma Teológica*, Ia, q. 29, a. 3, in c), por lo que posee “gran dignidad” (ad. 2) que pide ser reconocida y valorada. Lo mismo se aplica al *nasciturus*, o al niño con retraso, o al criminal de guerra, o al presidente de una gran empresa. Y esta dignidad proviene, no de las Naciones Unidas o de la Carta de los Derechos Humanos, sino en última instancia de Dios, al crearnos a su imagen y semejanza.

Efectivamente, la vida del ser humano es tan especial que convierte cada hombre en un ser único, completo en sí mismo, irrepetible y con una vida interior propia, incomunicable, es decir, personal. Lo ‘personal’ implica una vida absolutamente única, irrepetible e irreducible a otra –aunque tengamos en común con los demás el pertenecer al mismo género, el humano. La persona tiene identidad, es ella misma con su pasado, presente y proyección futura, de lo cual puede ser consciente. Cada persona hace historia, su propia historia y sobre cada una podría escribirse una biografía exclusiva. A la vez descubrimos que la riqueza de cada persona es tal que está llamada a trascenderse, a tender puentes y a comunicarse con otras personas, desde su propia intimidad. Por eso no construye la historia aisladamente, sino entrelazada con otras vidas personales, igualmente únicas e irrepetibles con las que traza la historia en una comunicación de su vida personal íntima. El fruto de sus decisiones y de sus actos, lo que haga o deje de hacer, influye en los demás –para bien o para mal. Precisamente en su mes, podemos considerar cómo el P. Hurtado tocó para bien muchas vidas en Chile. Sin duda. Y a su vez también él fue tocado por otras: su madre, sus tíos, sus educadores y directores espirituales, los desheredados. Optó libremente por lo mejor, aunque no fuera siempre lo más fácil, e hizo mejor la vida de muchas personas. Pero, ¿y si no hubiera existido o no hubiera tomado tal opción?

Así es, en cuanto persona, nadie es suplantable: sólo ella puede ‘tocar’ y ‘transformar’ su vida y las que le rodean. En lo grande en lo pequeño, en lo extraordinario y en lo cotidiano.

Esther Gómez, Centro de Estudios Tomistas

## 2 Frente la dignidad de ese ser humano, también persona (agosto 2017)

---

A punto de finalizar el mes de agosto, especialmente centrado en el valor y virtud de la solidaridad entre nosotros, gracias a la figura señera del gran santo chileno, P. Alberto Hurtado, sigue estando en el debate la despenalización del aborto en tres causales. Su vinculación con la solidaridad quizás no sea evidente a primera vista, pero existe: pues nos pide tratar con especial atención a las demás personas especialmente cuando viven alguna situación de especial necesidad, y esto no a ratos o cuando se tenga ganas, sino de manera constante. Casos de esos los viven madres con embarazos difíciles, sea porque su vida está en riesgo, o porque el hijo que llevan en su seno viene con aparentes malformaciones, o, en un tercer caso, cuando es fruto no del amor, sino de un acto violento. Solidarizar con estas madres es apoyarlas, no dejarlas solas, y proporcionarles ayuda para superar las dificultades.

En el primer caso los médicos vienen actuando desde hace tiempo –por lo que no hace falta legislar- poniendo los medios necesarios para salvar la vida de la madre. En ningún caso buscan intencionadamente acabar con la vida del hijo. En el segundo caso, existen equipos especializados que acompañan a la madre para superar y

sobrellevar el riesgo vital de su hijo, y así, incluso en el caso de que éste falleciera, la madre pueda cerrar el ciclo de manera natural. En el último caso, el apoyo y la cercanía es el camino realmente adecuado para sobrellevar un embarazo fruto de una violación. El daño está hecho y no se puede obviar, se trata de solidarizar con la madre apoyándola para superarlo.

Algunos piensan que solidarizar con la madre es darle la libertad de que decida si sigue o no adelante con la vida de su hijo. Sin embargo, claramente esta postura deja de lado la solidaridad con el hijo, que es hijo, y por lo tanto, persona con igual derecho a vivir y, por lo mismo, a ser apoyado en sus dificultades. Por otro lado, el hijo no es culpable de venir con dificultades ni de que haya sido engendrado de un acto de violencia. Él no es culpable, ni acabar con su vida eliminará el mal hecho.

Pero, ¿es realmente persona cuando a simple vista parece un conjunto de células? La ciencia biológica nos da claras orientaciones en este punto, para lo que citamos a Montserrat Martín, Médico de familia del Instituto Berit de la Familia: “Los datos biológicos de los que disponemos en la actualidad, nos permiten afirmar que desde el momento de la singamia, unión de los gametos masculino y femenino y se constituye el cigoto, se genera una **nueva entidad biológica**. Dado su modo de actuar podemos afirmar que funciona como una **unidad**, el centro coordinador es el genoma que además caracteriza a esta nueva entidad como **miembro de la especie Homo sapiens**, y es distinto al del padre y de la madre, es decir, es propio, tiene una **identidad**. Desde el momento de la concepción se constituye un nuevo ser humano individual que inicia su ciclo vital” (Fundamentación del comunicado institucional Santo Tomás a favor de la vida, mayo 2015). Y como todo ser humano es persona, sea de un metro, dos o unos centímetros, también lo es al que la madre llama “su hijo”.

Santo Tomás de Aquino, además, lo confirma afirmando que lo que constituye a un ser como persona es su ser sujeto de naturaleza racional. Y se es persona desde el inicio de su existencia gracias al principio de vida o alma racional, con independencia de que realice o no operaciones vitales (no dejamos de ser personas mientras dormimos o estamos incapacitados para expresarnos). Y como el embrión humano es un ser distinto de la madre que obra por sí mismo, pues *“las operaciones vitales -como sentir, nutrirse y desarrollarse- no pueden proceder de un principio extrínseco. Por lo tanto, hay que afirmar que el alma preexiste en el embrión...”* (Suma Teológica I, q.118, a.2, ad2; cf. Suma Contra Gentiles II, cap. 89, n. 2). Por eso, no es lícito atentar contra la vida del hijo, pues *“El que hiere a la mujer embarazada hace una cosa ilícita. Y, por esta razón, si de ello resultase la muerte de la mujer o del feto animado, no se excusa del crimen de homicidio, sobre todo cuando la muerte sigue ciertamente a esa acción violenta”* (Suma Teológica II-II, q.64, a.8, ad2).

En conclusión, solidarizar es realmente apoyar y respetar la dignidad de todos los involucrados.

Esther Gómez de Pedro, Directora Nacional de Formación e Identidad

### 3 La verdad de las cosas o si todo es relativo (abril 2012)

---

La reciente discusión sobre el “aborto terapéutico” ha puesto en evidencia una gran diversidad en el modo de abordar el problema y en las posturas para resolverlo. Parecería que para unos las cosas son de una manera, para otros son de otra; para otros, en fin, la cuestión es absolutamente indiferente. Tampoco faltan quienes, resignados, afirman que la sociedad consiste precisamente en aprender a convivir con esta diversidad de opiniones incompatibles. ¿A qué se debe esto? ¿Es que las cosas varían y “cada uno tiene su verdad”? ¿O lo que varían son nuestras interpretaciones y juicios de una misma realidad? Y, en cualquier caso, ¿qué actitud hay que tomar?

Ante un tema como este, siempre es una buena opción preguntar a personas sabias y prudentes que orienten el actuar, practicando así la virtud del consejo, que es parte de la prudencia. La doctrina de Santo Tomás de Aquino, nuestro patrón e inspirador, puede ser esa fuente de sabiduría que nos oriente.

Nos sale al paso, en primer lugar, uno de los principios tomistas más básicos: el del realismo. La realidad existe, no es invento de nadie, ni siquiera de los que la perciben distintamente. Fundamento de este principio tomista es el deseo natural y común a todos los hombres de conocer esa realidad por medio de la inteligencia. Ese deseo

no se satisface con apariencias o prejuicios más o menos difundidos: queremos conocer las cosas tal cual son. Preguntamos para obtener respuestas y discutimos con otros porque creemos tener razón.

Esta aspiración tan cotidiana nos hace inevitable abordar al gran tema de la verdad, de la posibilidad de conocerla y de sus detractores, tan difundidos hoy por hoy en todos los ámbitos de la vida. Quizás los dos principales son relativismo y el escepticismo. Partamos por ellos.

Según el primero, todo depende de las circunstancias, siempre relativas a personas, culturas o situaciones concretas, y por lo tanto no puede afirmarse la existencia de algo verdadero en sí mismo y para todos. Según esta posición, incluso si se admitiera la existencia de una realidad única, su conocimiento dependería de cada persona, por lo que tampoco se podría hablar de una verdad universal, sino sólo relativa al sujeto, es decir, subjetiva. Si no hay verdad, tampoco habrá bien y mal objetivos, y entonces se podrá justificar cualquier acción o actitud. Santo Tomás responde a esta tesis con su habitual claridad y concisión: “lo conocido está en quien lo conoce según el modo de quien lo conoce” (Suma Teológica, I, q.14, a1, ad 3, y otros muchos textos). Según este principio, es innegable que cada uno conoce la realidad desde su propia perspectiva y desde su propia experiencia; pero la realidad que todos conocemos es siempre la misma. Si hay diferencias en las perspectivas es precisamente porque hay acuerdo en que las cosas son de algún modo y no de otro; por eso discutimos. Si cada uno tuviera su propia verdad, ¿qué sentido tendría confrontarlas, si todas valen lo mismo? ¿Para qué pensar y estudiar si todas las opiniones son equivalentes? La experiencia nos muestra que discutimos desde distintas experiencias para conocer una única verdad.

El escepticismo, por su parte, niega o, al menos duda, de la misma posibilidad de conocer la realidad. Esta tesis tiene la ventaja de que logra disfrazar la pereza intelectual con los ropajes de la seriedad y el rigor científicos. Así, por ejemplo, cuando algunos escépticos afirman que “sólo los fanáticos dicen conocer la verdad”, lo que en realidad están diciendo es “prefiero evitarme el esfuerzo de buscar la verdad y la responsabilidad de actuar según ella”. Tomás de Aquino es el primero en reconocer que es muy difícil conocer completamente incluso las cosas más ínfimas: “las esencias de las cosas nos son desconocidas” (*De Veritate*, q. 10, a.1). Y sin embargo, aunque sea de modo parcial e imperfecto, conocer significa conocer la verdad. Expliquemos esto.

Santo Tomás afirma una prioridad del ser frente al conocer. Conocer algo no le añade nada al ser de esa cosa, porque las cosas ya existen independientemente de que yo las conozca. El conocer significa simplemente que esta cosa externa se hace presente a mi inteligencia. Y así, afirma que “el entendimiento toma de las cosas la ciencia” (*De veritate*, q. 1, a. 2, ad. 4). En esto consiste la verdad: “la conformidad o adecuación de la cosa y del entendimiento”. Por eso, “el conocimiento es un cierto efecto de la verdad” (*Ibid*, q. 1, a. 1 c).

La existencia de la realidad – que tiene su causa en Dios – es lo que hace posible alcanzar la verdad. Las cosas son lo que son porque Dios, en su infinita sabiduría, las piensa y decide que existan. Esto significa que la realidad es razonable y que puede ser entendida también por el hombre. Que no podamos conocerlas por completo no significa que no las conozcamos en absoluto. Y conocerlas es saber lo que son, o sea conocer su verdad.

Por eso, siguiendo estas pistas de Santo Tomás y volviendo a nuestro tema, es posible y urgente centrar el debate en la verdad del ser humano desde su concepción, y sólo desde allí determinar en qué consista el aborto provocado. Es difícil, pero no olvidemos que podemos conocer la verdad. A partir de ese conocimiento, debemos extraer las conclusiones y consecuencias adecuadas para la vida práctica, es decir, si es bueno o malo, si es lícito o no, y actuar en consecuencia. Porque solamente la verdad “nos hará libres” (Jn. 8, 32)

Esther Gómez / Gonzalo Letelier, Centro de Estudios Tomistas

#### 4 Amor a la verdad (mayo 2012)

---

Hay un adagio latino que dice “Soy amigo de Platón, pero lo soy más de la verdad” que nos centra en nuestro tema. Pero ¿qué quiere decir? Que la verdad tiene un valor tan grande que ni siquiera puede subordinarse – venderse – a la amistad. Y además, que la amistad debe mantenerse en la verdad y que, por eso, una amistad sin verdad dejaría de serlo, al faltarle su auténtico fundamento. Obvio, si la verdad es esa adecuación de la

inteligencia y la realidad que es causa del auténtico conocimiento, cualquier fenómeno humano, incluida la amistad, que no se base en un conocimiento real sino falso, entonces tarde o temprano terminará cayendo por su propio peso.

El amor viene a ser el motor de la conducta humana, pues siempre obramos por amor a un bien que buscamos tener; además, el amor brota de una cierta connaturalidad o sintonía con el bien conocido, que nos mueve a buscarlo y desearlo para, una vez poseído, descansar y gozarnos en él. Mientras que la reacción natural ante lo que conocemos abiertamente como malo es huir. Responde esto al dinamismo de los movimientos afectivos.

Pues bien, ¿es la verdad un “bien”, o sea algo capaz de suscitar este movimiento? Veamos varios argumentos. Nuestra experiencia cotidiana nos habla del deseo de saber, de conocer la realidad no sólo para responder y acoplarnos mejor a sus exigencias, sino por el conocimiento en sí mismo. ¿No es ese el móvil de toda ciencia que investiga sobre las causas y explicaciones más profundas de los diversos campos de conocimiento? De ahí que el estudio y la investigación, tan propios del mundo de la educación superior y especialmente en la Universidad, sean sólo una manifestación del amor a la verdad. Aristóteles afirmaba que “Todos los hombres desean por naturaleza saber”. Este argumento encuentra apoyo al reconocer que la verdad es el objeto de la inteligencia. Efectivamente, ésta existe para la verdad, es decir, que su sentido y su perfección le vienen del acceso racional a la verdad. Y así, Santo Tomás de Aquino lo sentencia al analizar cómo, siendo el universo creado por una Inteligencia superior, y siendo la verdad el bien de la inteligencia, la verdad será también el fin último del universo, de ahí que sea razonable concluir que “la sabiduría tenga como deber principal su estudio” (*Contra Gentes* I, I).

El amor a la verdad se manifestará en la **superación de la ignorancia**, y, lo que es peor, de la comodidad del vivir en la ignorancia –por cierto, ¿puede haber amor a la ignorancia o al error? Además, se manifiesta en la **superación de los prejuicios**, que nos impiden estar abiertos a las cosas tal como son al aferrarnos a un juicio previo, del que creemos estar absolutamente ciertos, sólo porque es nuestro. Sólo el que realmente ama la verdad puede ser realmente abierto y tolerante, pues está abierto a recibirla “venga de donde venga”, incluso de aquel a quien no soporta o que le hace abiertamente la guerra. La tolerancia del escéptico o el relativista no es más que indiferencia ante algo que no pueden amar porque han decidido previamente que no vale la pena buscarlo.

Por eso, el amor a la verdad es condición para cualquier otro amor: no se puede amar lo que no se conoce, y el que ama quiere profundizar siempre más en la verdad de su amado. Amar *la* verdad hace posible amar *de* verdad.

Consecuencia de este amor es la **virtud de la veracidad**. Implica, por un lado, decir *siempre la verdad* –siguiendo el principio moral universal que nos manda interiormente hacer el bien y evitar el mal-, aunque a veces no caiga bien, o no sea políticamente correcto –pues la verdad, como consecuencia de su raigambre en la realidad de las cosas, no depende de la mayoría ni puede ser consensuada, la verdad es la verdad. El que es veraz huye de la mentira que “es por sí mala”, pues, siendo la misión de las palabras ser signo natural de las ideas, es “antinatural e indebido significar con palabras lo que no se piensa” (*Suma Teológica*, II-IIae, q. 110, in c.). Implica, además *ser fiel a la palabra dada y a la misma verdad*, sin traicionarla con nuestros cambios arbitrarios. Las consecuencias de una *vida conforme a la verdad* son evidentes, pues se cree al veraz y nos fiamos de él, lo cual genera ese ambiente de confianza necesario para una sana convivencia. “Por el hecho de ser animal social, un hombre a otro naturalmente le debe todo aquello sin lo cual la conservación de la sociedad sería imposible. Ahora bien: la convivencia humana no sería posible si los unos no se fían de los otros como de personas que en su trato mutuo dicen la verdad” (*Ibid*, II-IIae, q. 109, a. 3, ad 1).

El que ama la verdad quiere **ayudar a salir a los que viven en la falsedad o el error y por eso les corrige**. Desde esta actitud, la corrección cobra un cariz positivo: como ayuda en el camino de la madurez personal.

Así, pues, amar la verdad no sólo implica estudiarla superando ignorancias y prejuicios, sino también contar con la disposición humilde del que puede ser ayudado, e incluso, corregido, en el camino hacia la verdad.

## 5 Libres para la verdad (julio 2012)

---

Somos libres, sí, pero, ¿para qué?, ¿para hacer lo que nos venga en gana o hay algo más? Esto nos lleva a cuestionar el sentido de nuestra libertad, y para ello preguntemos al maestro Tomás de Aquino.

Precisamente por ser un acto de la naturaleza personal, concibe el acto libre dentro del esquema de la tendencia de cada ser natural a su fin específico. ¿Cuál es nuestro fin? De forma absoluta y perfecta es la consecución del Bien Supremo, Dios. Para ello debe predisponerse con una vida activa que, a través de la práctica de las virtudes morales e intelectuales, perfeccione cada una de las “herramientas” dadas por la naturaleza para ello. Tales herramientas, que son las facultades, logran su plenitud en la medida que consiguen su objeto propio, cosa que sucede al realizar su acto específico con la máxima perfección. Todos sabemos, por ejemplo, que se puede ver y ver; así, no es lo mismo ver una mancha de luz que discriminar que lo que se acerca por la calle es un auto a gran velocidad. La capacidad visual se actualiza máximamente en el segundo caso. Lo mismo pasa, entonces, con las facultades espirituales: voluntad y entendimiento.

Pues bien, si nos abocamos a los actos propiamente humanos, que son los que “proceden de una voluntad deliberada” (*Suma Teológica*, I-IIa, q. 1, a.1, in c), la libertad es para Santo Tomás esa “propiedad –o facultad- de la voluntad y la razón” (Ia, q. 19, a. 10, ob. 2) por la que elegimos un bien racional. La elección de un bien frente a otros posibles –siendo que no estamos determinados necesariamente hacia ninguno de ellos en tanto que son sólo medios o bienes parciales para el fin último, hacia el cual sí tendemos necesariamente-, es el elemento central del libre albedrío. Tal decisión presupone tanto el entendimiento, al brindar un conocimiento de la realidad, como la voluntad, al querer el bien presentado como tal por la razón. Y en cada una de estas operaciones, hay que presuponer, de nuevo, que la razón conoce –o puede conocer- de forma verdadera la realidad –adecuándose a ella- y que la voluntad tiende, de forma natural al bien y que por eso, todo lo queremos en tanto que se nos presenta como algo bueno. El hecho, sin embargo, de que elijamos lo que se nos presenta como bueno, no implica necesariamente que efectivamente y en sí mismo lo sea –debido quizás a un juicio errado. Por eso no cualquier acto libre perfecciona la libertad sino sólo el que elige un verdadero bien –lo cual implica conocer la verdad y adecuar la tendencia racional de la voluntad a la misma en tanto que bien real y no sólo aparente. Así, de la afirmación de que “La libertad respecto del bien es más libertad que la libertad respecto del mal” (*In II Senten*, d. 25, a.5, ex. 150) se puede lógicamente concluir que “querer el mal ni es libertad ni parte de la libertad, aunque sea un cierto signo de la libertad” (*De veritate*, q. 22, a. 6, c).

Sólo elegir lo bueno perfecciona nuestra libertad y a nosotros como personas, de ahí que sólo una libertad ejercida de acuerdo a nuestra verdad personal, y no de la arbitrariedad o capricho del momento, nos libere realmente. Como dijo Ratzinger: “Para no conducir al engaño y la autodestrucción, la libertad debe estar orientada por la verdad, es decir, por lo que realmente somos, y debe corresponder con nuestro ser. Puesto que la esencia del hombre consiste en ser a partir de; ser con y ser para, la libertad humana sólo puede existir en la comunión ordenada de las libertades” (Verdad y libertad).

Esther Gómez, Centro de Estudios Tomistas

## 6 Razón y fe, ¿armonía o enfrentamiento? (noviembre 2012)

---

Cuentan que Alexis Leonov, el primer cosmonauta soviético que hace años salió de la cápsula orbital, dijo comentando su experiencia: “Me he paseado entre las estrellas y allí no me he encontrado a Dios”. ¿Daba a entender con esto que Dios no existía? Esta cuestión nos abre la puerta a la relación entre fe y razón, entre conocimiento de fe y científico.

Recordemos, en primer lugar, que todo lo que conocemos es porque previamente existe. Y según sea su existencia, nuestro conocimiento se servirá del instrumento cognitivo más apropiado para percibir la realidad en cuestión. Si queremos, por ejemplo, gozar de una sinfonía musical –conocerla- disponemos nuestro sentido del oído y creamos las mejores condiciones para gozar de esa belleza. Pero a nadie se le ocurre abrir mucho los ojos o pensar mucho... no, la música se capta a través del oído. Y así, una persona sorda no podría participar del entusiasmo del que goza otra persona al escuchar la Quinta sinfonía de Beethoven, porque no dispone del

cauce para oír. Y no por eso negaría la existencia de tal sinfonía. Igual que no se me ocurre negar la existencia de las ondas magnéticas sólo porque no las percibo, pues para ello necesito instrumentos especiales; ni la de las ideas que elaboro en el trascurso de estas reflexiones, que son inmateriales y se captan únicamente a partir de un proceso racional.

Y así, podemos ver claramente que cada realidad exige un determinado camino para ser conocida. Lo material se capta por los sentidos y por la experimentación empírica, lo inmaterial en cambio, por otros cauces: racionales, afectivos, etc. Por eso, que Alexis Leonov no se encontrara con Dios no quiere decir que Dios no exista, sino simplemente que no es algo sensible y que debemos conocerlo de otra manera.

Pero entonces ¿cómo conocerlo? La filosofía, desde los griegos, nos da una pista: en tanto que Ser y Causa primera, podemos conocerlo igual que conocemos a un artista. Si me paseo por un museo y contemplo un cuadro, si me fijo bien y me pregunto por la causa de esa obra de arte, necesariamente sabré algo de su artífice. Por ejemplo, que se sirvió de las reglas estéticas clásicas, que posee una inteligencia capaz de abstraer una realidad para plasmarla después en un cuadro, y, por lo tanto, que el artista es una persona inteligente y sentido estético, y así otras cosas. Este primer conocimiento es indirecto: lo deduzco a través de la manifestación que me permite percibir. Ya es un cierto saber. Pero no agota, ni con mucho, al artista. Si después de mi visita al museo, tengo la suerte de encontrar al artista firmando autógrafos y podemos conversar, él mismo me podrá contar muchas cosas de sí mismo, que, si es sincero conmigo, confirmarán lo que ya había deducido y lo completarán.

Apliquémoslo ahora a Dios. También habrá, pues, dos caminos de conocerlo. Uno indirecto a través de la obra del mundo, la naturaleza. La observación y el estudio del universo y su descubrimiento como un cosmos ordenado, con una maravillosa lógica inteligente –propio de la ciencia-, nos lleva a investigar su Causa Primera. Y según lo que se descubre, este ser es inteligente, es persona, es eterno (las últimas confirmaciones de la teoría del Big-Bang remiten a una existencia previa a las primeras partículas de que se tiene conocimiento). A este respecto dijo Max Planck, Premio Nobel de Física: “Lo que tenemos que mirar como la mayor maravilla es el hecho de que la conveniente formulación de esta ley produce en todo hombre imparcial la impresión de que la naturaleza está regida por una voluntad inteligente y consciente del fin”. Pues bien, a esta Causa primera, aunque sólo imperfectamente conocida, le llamamos Dios -tal como concluye Tomás de Aquino al final de cada una de sus vías de acceso racional a la existencia de Dios.

Esta vía racional o científica exige, para ser completada, el segundo camino: aquel por el que el autor, al hablar de sí mismo, nos permite un conocimiento más directo. A esta vía responde la fe, por la cual, como vimos en nuestra anterior cápsula, nos adherimos a lo que Dios ha revelado de Sí mismo a lo largo de la historia y, sobre todo, en su Palabra hecha carne. La fe no es algo sólo racional, sino una respuesta que engloba toda la persona: inteligencia, afectos, voluntad, y que exige, sí, fiarse de Aquel que se me revela. Este conocimiento de fe confirma el primero, el racional, y lo completa pero, por ser Dios infinito, también lo desborda. Por eso la fe no es algo irracional, sino supra-racional, que supera la razón. Lo que creemos por fe no se opone a la razón, pero su complejidad hace que no lo alcancemos a comprender en su totalidad, sino sólo su razonabilidad. La fe ilumina lo que queda más allá de la razón al igual que sólo captamos la luz de las estrellas en la oscuridad de la noche y no a la luz del sol.

Razón y fe, ciencia y fe, son, pues, dos vías válidas para conocer a Dios. Pues la realidad a conocer es la misma, sólo que por caminos diversos. De ahí que entre ambas deba existir armonía y no enfrentamiento, pues proceden ambas del mismo autor, Dios, que no puede contradecirse a Sí mismo cuando se manifiesta a través de sus obras en la creación o de su revelación.

Esther Gómez, Centro de Estudios Tomistas

---

## **7 La cotidiana solidaridad (septiembre 2012)**

---

Pese a lo difícil que es decirlo de corrido sin equivocarse, “solidaridad” es una palabra que hoy está en boca de todos. Sin embargo, como suele ocurrir con estas cosas, su uso frecuente no es sinónimo de precisión y

profundización en su significado. Dificultad que se acentúa al considerar que se trata de un concepto (aparentemente) reciente, sobre el cual, por si fuera poco, parece que Santo Tomás y los clásicos no dijeron una sola palabra. ¿Cómo es posible, si se trata de algo tan importante? Por eso, es conveniente profundizar un poco.

Partamos por lo más básico: los que *no* es la solidaridad. Y en primer lugar, no es sentimentalismo, “un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente”, “presa fácil de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos”, en síntesis, “una palabra de la que se abusa y que se distorsiona, terminando por significar lo contrario” (Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, 3). Aunque se está hablando de la Caridad, vale igual para nuestro tema.

Muy vinculado a esta deformación, la solidaridad no debe transformarse en una “aspirina para la conciencia”, un sentimiento intenso pero esporádico, una ayuda espasmódica, ineficaz e inoperante que sirve solamente para quedarse tranquilo diciendo “soy solidario, cumplí lo mío, ahora que se ponga el Estado”.

Quizás el error más básico y grave de esta posición vital es confundir solidaridad con beneficencia, olvidando que dar es difícil, no tanto porque cuesta desprenderse de lo propio, sino porque hay que hacerlo bien: porque dar bien es un arte. Basten como ejemplo dos errores típicos al momento de dar: no cuidar los modos, ofendiendo a quien recibe y darle lo que a mí me parece que necesita (o me sobra), y no lo que realmente necesita. El único modo de corregir ambos errores es precisamente lo contrario del sentimentalismo aludido: el verdadero amor al prójimo, ese que sin sentir nada (al menos no necesariamente), se preocupa *singularmente* por el *bien real* de la *persona* que tenemos al frente. Primera conclusión, entonces: la solidaridad sólo se entiende en el orden del amor, y no en el de los sentimientos. La segunda conclusión se refiere a la inteligencia.

Juan Pablo II definió la solidaridad como la “*determinación firme y constante* de empeñarse por el *bien común*; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos” (*Sollicitudo rei socialis*, n.38). O sea, la solidaridad es una virtud. Y si se refiere a los más necesitados, es porque su fin es el bien común, o sea, “el bien de todos y cada uno”. Según el mismo Juan Pablo II, y esto me parece extremadamente interesante, la raíz de esta virtud no es *una decisión personal*, sino es la *conciencia de un hecho*. La solidaridad nace espontáneamente de la *conciencia de la interdependencia*, es decir, del darnos cuenta de que dependemos unos de otros y que, por lo tanto, es imposible que yo esté bien si mi prójimo está mal. No se trata de que no “debo” sentirme bien si el otro está mal; se trata simplemente de que, siendo parte de la misma ~~una sola~~ comunidad, *es imposible* que yo esté bien si el otro está mal. Aunque yo no me dé cuenta. Es como en un organismo vivo: el corazón no puede estar tranquilo diciendo “estoy sano” si el hígado está enfermo, porque es cuestión de tiempo que esa enfermedad le llegue a él.

La solidaridad es la respuesta natural al hecho de que mi bien personal es inseparable del bien de los demás miembros de mi comunidad. Es la conciencia de que, si bien podemos vivir haciendo cuenta de que los demás no existieran, como si mi bien privado produjera por “arte de magia” o por una “mano invisible” el bien de los otros, eso será siempre una ilusión, un anestésico de la conciencia, una mentira.

El bien común es el bien de la persona en sociedad. La solidaridad consiste en vivir de acuerdo a esta verdad básica. Por lo mismo, no consiste tanto en actos esporádicos de generosidad (aunque los incluye) sino en un empeño firme y constante de dirigir toda mi actividad, y especialmente mi actividad profesional, al bien real concreto de aquellos que la reciben. Consiste en darme cuenta de que si soy enfermero, abogado, profesor o kinesiólogo es solamente porque hay otro que necesita ese trabajo, y que, por lo tanto, el único modo de hacerlo realmente bien es queriendo sinceramente su bien real. Así, por ejemplo, un enfermero puede curar mal por incompetencia o por desinterés; en ambos casos peca contra la solidaridad.

¿Y qué dice Tomás de Aquino sobre esto? La idea de solidaridad sólo surgió con fuerza en el momento en que el individualismo teórico logró permearse todos los ámbitos de la vida concreta de las personas. El individualista de hace cien años contradecía su discurso con su vida cotidiana, porque tenía un vínculo personal permanente con una sociedad a escala humana. Hoy es perfectamente posible vivir como si los otros no existieran. Lo que para nosotros es un desafío, para un Tomás de Aquino era simplemente un punto de partida: “Puesto que un hombre es parte de la ciudad, es imposible que sea bueno si no está bien ordenado respecto del bien común: un todo no puede estar bien constituido si sus partes no le están ordenadas. Por lo cual es imposible que el bien común de la ciudad sea bien logrado si los ciudadanos no son virtuosos” (I-II, q.92, a.1). Nosotros diríamos “solidarios”.



Gonzalo Letelier, Centro de Estudios Tomistas

## 8 Solidaridad: camino a la excelencia personal y social (agosto 2013)

---

En Chile agosto es el mes de la solidaridad. Y lo es precisamente porque el día 18 brilla la fiesta del gran santo chileno que amó a sus hermanos de tal manera que con su vida y sus acciones hizo visible el mismo amor de Dios. Amor, solidaridad y entrega de sí están íntimamente relacionados, tal como revela la vida del santo. San Alberto Hurtado fue y es modelo de vida porque se dedicó a lo que es realmente importante: a amar a los demás transmitiendo a cada persona la certeza de ser amada por Dios. Hay en él, por eso, una excelencia muy especial: la del amor, que consiste más en amar que en ser amado (Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-IIa, q. 27, a. 1).

En efecto, la grandeza espiritual de una persona –la más significativa- se mide por su capacidad de amar, de entrega, de donación, y lo mismo la grandeza de los pueblos. Así lo ha recordado el Papa Francisco en su inolvidable viaje a Brasil para la Jornada Mundial de la Juventud: “sólo cuando se es capaz de compartir, llega la verdadera riqueza; todo lo que se comparte se multiplica. Pensemos en la multiplicación de los panes de Jesús. La medida de la grandeza de una sociedad está determinada por la forma en que trata a quien está más necesitado, a quien no tiene más que su pobreza” (Río de Janeiro, Discurso a la comunidad de Varginha, 25 julio 2013). Esta afirmación, aunque contradice esos estándares tan comunes de nuestra sociedad que califican la riqueza material como signo de grandeza y poder, manifiesta una verdad muy profunda y pone el dedo en la llaga, en lo que es verdaderamente importante.

Los bienes materiales –como riquezas, posesiones o títulos- precisamente por ser limitados y finitos, no sólo se gastan y no nos satisfacen plenamente, sino que tampoco son compartibles: o son de uno o son de otro, y al entregarlos ya no los tenemos. Sin embargo, los bienes espirituales son inmateriales y con ellos pasa lo contrario: aumentan en la medida en que se comparten. Así sucede con las ciencias, con los conocimientos, que no disminuyen, sino que al compartirse, de alguna manera crecen; o lo que acontece con las vivencias espirituales personales, que enriquecen no sólo al que las ha vivido, sino a aquel con quien se comparten. Al compartir se hace partícipe al otro de ese bien. ¿Y qué decir del mayor bien espiritual, del que todos tenemos “un hambre más profunda, el hambre de una felicidad que sólo Dios puede saciar”? (*Ibid*). Dar pan para saciar el hambre material es importante, pero igual o más importante es apuntar a saciar el hambre de plenitud, el hambre de sentido, el hambre de amor, en el fondo, es el hambre de Dios, único Bien capaz de saciar la felicidad del hombre: el Bien Supremo. Por eso es que Tomás de Aquino valoró tanto no sólo conocer la verdad sino manifestarla a otros, y sobre todo presentar a quienes no lo conocen esa suprema Verdad que salva: Dios. Por otro lado, en esta vida, en las cosas “de Dios, se prefiere el amor al conocimiento” (*Suma Teológica*, II-IIa, q. 23, a. 6, ad 1), pues nos perfecciona más amar que sólo conocer. Y como ese bien que nos perfecciona es espiritual, al compartirlo con otros, también les perfeccionará. En efecto, “así como es más perfecto iluminar que lucir, así es más perfecto el comunicar a otros lo contemplado que contemplar exclusivamente” (*Ibid*, q. 188, a. 6, in c). Por eso el hacer partícipes a otros del amor de Dios que da sentido a la vida, no sólo proporciona felicidad, sino que aumenta ese mismo amor.

“Todo lo que se comparte se multiplica”, sobre todo los actos de amor. Así lo vivió San Alberto Hurtado, siempre “contento, Señor, contento” porque poseía el mayor Bien, Dios, y lo entregaba a manos llenas.

Esther Gómez, Centro de Estudios Tomistas

## 9 Fraternidad al estilo de la M. Teresa (marzo 2016)

---

Hay en cada uno de nosotros un profundo anhelo de ser feliz que se apoya en nuestra realidad de seres sociales o relacionales. Por eso, a mayor madurez humana, mayor capacidad de superar la mirada egocéntrica y egoísta que se considera únicamente a sí mismo. Existe por ello una estrecha relación entre la capacidad de amar de verdad y la felicidad, lo cual exige tener la disposición de considerar al otro como un par que puede colaborar a

mi felicidad y viceversa, disposición a la que se opone, sin embargo, la que ve en el otro un competidor que dificultara mi felicidad.

Pero es imposible construir un proyecto estable de felicidad si desconfiamos de los otros. Para ello hay que romper con esa mirada egoísta que etiqueta al otro como contrincante para descubrir lo que compartimos con él y que es la base de la confianza: somos personas en busca de una meta común, y los que gozan de alguna ventaja pueden ayudar. El cambio desde la mirada egocéntrica a la fraterna multiplica el bien, porque entiende que al darse a los demás, no se pierde nada, sino que se gana y se crece en alegría, en generosidad, y, por tanto, en felicidad.

Esta enseñanza vivida de una manera radical y alegre, es la que nos presenta la M. Teresa de Calcuta. Su entrega a los más pobres de los pobres (no sólo material sino también espiritualmente) nos enseña que la verdadera fraternidad sólo es posible cuando se descubre en los demás a hermanos dignos de ser amados y se les manifiesta ese “amor en acción”, no sólo en palabras. Es decir, cuando nos sabemos hijos del mismo Padre que nos entrega su amor para comunicarlo a los demás, y nos liberamos de falsas autocomplacencias y egoísmos propios que nos encierran en nosotros y nos impiden discernir las necesidades del hermano que está a mi lado. La fraternidad es, en realidad, la condición para dar el paso a la solidaridad y la caridad. Al respecto decía: “si no se vive para los demás, la vida carece de sentido”.

¿Su gran secreto para vivir entre enfermos y menesterosos de todas clases con una sonrisa en los labios y entregándoles esperanza? Su profundo amor a Dios, del que se sabía profundamente amada y que a la vez le movía a dárselo a los demás. El mismo secreto de nuestro patrono, santo Tomás de Aquino, que encontró en el amor a Dios la fuente de todo amor y de la fraternidad:

“[...] la razón del amor al prójimo es Dios, pues lo que debemos amar en el prójimo es que exista en Dios. Es, por lo tanto, evidente que son de la misma especie el acto con que amamos a Dios y el acto con que amamos al prójimo. Por eso el hábito de la caridad comprende el amor, no sólo de Dios, sino también el del prójimo”.  
*Suma Teológica*, II-IIa, q. 35, a. 1

Por eso, cada vez que le preguntaban por qué hacía lo que hacía, arrojando peligros y privaciones, decía inalterable: “Lo hacemos por Jesús”, y a sus monjas: “Es a Cristo a Quien atendéis en los pobres”. El desafío: recuperar la confianza en el otro porque es nuestro hermano.

Esther Gómez, Dirección de Formación e Identidad

## 10 Lecciones de un moderno “padre de la patria”, maestro de fraternidad y solidaridad (abril 2022)

---

Siempre podemos aprender y dejarnos remover por personas que se la jugaron por Chile.

Fue un gran conocedor del Chile de su tiempo y, sobre todo, de su gente. Lo puso de manifiesto no sólo en los brillantes libros y reflexiones que escribió, sino sobre todo en sus gestos, continuos, constantes y llenos de humanidad, en que se acercaba a cada persona para hacerse cargo de su miseria, fuera material o espiritual, de ahí su apuesta por la educación. No se contentó con hablar de justicia y de solidaridad, sino que las vivió, y lo hizo de una manera tan alegre y atractiva que atrajo a cientos de personas que le imitaron dando lo mejor de sí. Y su acción, gota a gota, transformó su patria y su tiempo, y puede seguir haciéndolo hoy, si nos dejamos mover por su ejemplo.

Sí, este moderno padre de la patria, Alberto Hurtado, más tarde San Alberto Hurtado, revolucionó el Chile de mitad del siglo XX porque creía en el amor verdadero. La entrega y la caridad que desde niño aprendió de su madre, Ana Cruchaga, le permitió palpar en carne propia el inmenso amor de Dios por él. Y al saberse amado tan profundamente, se sentía urgido a llevar ese amor a quienes le rodeaban, es decir, a los prójimos o cercanos, en quienes aprendió a descubrir no sólo a hermanos suyos de humanidad y de fe, sino más aún, aprendió a ver en ellos al mismo Cristo, según dijo Jesús: “lo que hagan a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí me

lo hacen". Gran lección de fraternidad. Así la entendió Santo Tomás de Aquino, gran maestro e inspirador de obras educativas: "por naturaleza el ser humano es amigo del ser humano" (*Suma contra Gentiles*, Libro IV, capítulo 54), porque compartimos un origen y un destino común que nos une y nos lleva a caminar juntos.

Niño, joven, seminarista, sacerdote, formador, movilizador de jóvenes en pro del bien de su patria, fundador del Hogar de Cristo y de la Asociación Sindical Chilena; en todas estas etapas y dimensiones, ardió en el corazón de Alberto ese amor en pro del bien y para remediar el mal, curando, ayudando, dando esperanza, invitando a otros a hacer el bien. Para ello arrojó cansancios, dificultades, cruces, incomprensiones, pues sabía que el sacrificio es la mayor prueba del amor, a pesar de lo cual, siempre estaba "contento, Señor, contento". Ese fuego que ardía en su corazón lo concretaba en su gran criterio de discernimiento moral y de acción: "¿Qué haría Cristo en mi lugar?".

¿Su fe? Así la entendía: "El cristianismo no es sólo ley de santidad, sino también de salud espiritual y mental... No es un conjunto de prohibiciones, sino una gran afirmación: Amar. ...La mejor manera de llenar la vida: llenarla de amor, y al hacerlo así no estamos sino cumpliendo el precepto del Maestro: que os améis unos a otros" (Conferencia *¿Cómo llenar mi vida?*, 1946). Sin dicotomías vivía el amor a Dios y a Su obra maestra: el ser humano. Por eso su vida fue "un disparo a la eternidad", sembrando el bien a su paso por la tierra, porque la eternidad se labra ya en esta vida. El cielo es solidario.

San Alberto nos sigue enseñando hoy una lección de fraternidad y solidaridad muy aterrizada porque supo mirar al cielo y vivir desde ahí su amor y esperanza. Su lección es actual hoy, de ahí la invitación a plantearnos: ¿Qué harías en su lugar?

Esther Gómez, Directora nacional de Formación e Identidad, UST

## 11 Excelencia que aspira a lo más alto (abril 2013)

---

Todos, unos más y otros menos, deseamos hacer algo grande en la vida y para eso nos esforzamos. Es verdad que no todos pisaremos la Luna ni ganaremos el Premio Nobel, pero sí podemos ser felices y contribuir a la felicidad de quienes nos rodean. Esto pone de manifiesto que las obras realizadas son "grandes" no tanto por su tamaño exterior o éxito social, sino por su calidad humana y espiritual. De hecho, la honra, el reconocimiento y el aplauso de los demás es consecuencia de la obra bien hecha -de la obra "grande"- y, por tanto, de la excelencia personal. Y para ello debemos revestir nuestro ánimo con la virtud de la magnanimidad, que nos dispone y "anima a aspirar a lo más alto" (*Suma Teológica*, II-IIa, q. 133, a.1) para, sólo desde esa disposición, lograr superar las dificultades y obstáculos -externos o internos- que se interpongan.

Por otro lado, nos elevamos a lo más alto en la medida en que desarrollamos al máximo posible todo lo bueno que tenemos -nuestras potencias- y siempre en colaboración con los demás, con los que compartimos la misma aspiración. No se alcanza la excelencia de forma aislada ni egoísta. Y como cada uno es una persona única e irrepetible, también se realizará de una forma original, nunca igual a los demás, y también su colaboración será distinta de la de los demás. Asimilar la riqueza personal de tal visión implica, por cierto, un sano realismo que permite evitar los sufrimientos que surgen de envidias, comparaciones y complejos, pues el que es magnánimo se valora a sí mismo y a los demás.

En este proceso hacia lo "más alto" vamos desarrollando nuestras dimensiones y potencias como las corpóreas, artísticas, intelectuales, profesionales y sociales. Pero hay una específica del ser humano que es su capacidad de salir de sí mismo y de su horizonte limitado, al ser capaz de trascenderse y aspirar al infinito. Santo Tomás, en esto, reconoce que "el alma intelectual, porque puede comprender lo universal, tiene capacidad para lo infinito" (Ia, q. 76, a. 5, ad. 4). Y es evidente que al proyectarnos al infinito, la excelencia adquiere entonces dimensiones insospechadas. Sin embargo, esa capacidad de infinito es inalcanzable a nuestras solas fuerzas -que experimentamos a cada instante como limitadas y finitas. Y así por un lado aspiramos de forma natural a algo que nos supera pero a la vez nos plenifica -un amor puro por encima de rencores y pequeñeces, por ejemplo-, por otro, vemos que no lo logramos con nuestras simples fuerzas -pues nos cuesta perdonar o devolver la confianza perdida.

Ante tal disyuntiva cabe adoptar dos posturas: o renunciar a esa aspiración como irrealizable y acallar así el deseo de infinitud, o abrimos al mismo Infinito que viene hasta nosotros para que nos colme de Sí y nos perfeccione. La primera lleva al sinsentido, la segunda es la que se abre a la gracia de Dios.

En efecto, a quien se le confía y aspira a lo más alto, Dios no le niega su gracia sobrenatural ni su ayuda para ir creciendo y acercándose al ideal por excelencia, Cristo, Dios y hombre verdadero. Sabe que puede llegar a lo más alto y alcanzar el ideal de la excelencia pero nunca solo: si se esfuerza y se abre con confianza a ser ayudado. “Pues todo hombre necesita, en primer lugar, del auxilio divino, y después también del auxilio humano, [...] por eso es propio del magnánimo tener confianza en los otros” (*Ibid*, II-IIa, q. 129, a. 6, ad. 1). Ayuda que necesitamos especialmente para obrar el bien y la virtud sin caer en la presunción, pues “no es presuntuoso el que uno intente hacer cualquier obra virtuosa. En cambio, sí lo sería si pretendiera hacerlo sin la ayuda divina” (q. 130, a. 1, ad 3).

Excelencia y esfuerzo en un caminar humano de plenitud, sí, pero abierto a un horizonte infinito, donde los criterios de éxito del hombre magnánimo y confiado son otros: los divinos.

Esther Gómez, Centro de Estudios Tomistas

## 12 Esfuerzo al servicio de la excelencia o realización personal (mayo 2013)

La semilla crece sola si recibe el alimento y el calor de la tierra. El pajarito recién salido del cascarón trata de imitar el vuelo de sus progenitores y agita sin cesar sus alitas hasta que se hacen fuertes para volar. Para el cachorro que aún se alimenta de la leche materna es apenas cuestión de horas imitar lo que hacen los animales adultos. Todos aspiran a crecer, a desplegar al máximo lo que son. Eso es propio del ser vivo: crecer, perfeccionarse.

También nosotros aspiramos a crecer y lograr así la plenitud humana, la excelencia. Ya sabemos que no la lograremos solos, sino que necesitamos de otros, y sobre todo, del Otro, en quien confiar. Pero sabemos además que hay que poner de nuestra parte y trabajar para lograrlo, pues, aunque a veces nos cueste, exige disponer nuestras potencialidades para su desarrollo. Quien no trabaja termina atrofiándose. ¿Qué diríamos del tenista que se queja por su derrota si no entrenó lo suficiente? ¿O del analista que no identificó los elementos de riesgo de una operación importante porque sólo la miró por encima? ¿O del estudiante que flojea y reprueba varios ramos? ¿O del profesor al que no entienden sus alumnos al explicar una materia porque no dedicó tiempo a preparársela bien?

Detrás de la excelencia personal se esconde un esfuerzo. Un ideal noble, por muy noble que sea, no nos exime de trabajar. Igual que la brújula, que orienta hacia la meta, tampoco nos dispensa de remar. No basta saber lo que quiero, tengo que quererlo poniendo los medios necesarios. Y cuanto más me entusiasme con lo que quiero, más pondré de mi parte y, por tanto, seré más creativo. Por eso santa Teresa de Ávila decía “que el amor hace tener por descanso el trabajo” (*Exclamaciones 2*). Amar lo que se hace –como virtud de la diligencia- es condición para hacerlo bien y con presteza, así como para superar las dificultades que se presenten –no sólo las externas sino también las internas. Una de las más comunes es la flojera, pereza, que no es más que “ocio” mal entendido. Este vicio, según santo Tomás, nos hace rehuir una acción cuando es laboriosa y ejecutarla con desgana y demora. Y como no hay excelencia sin esfuerzo, hay que vencer activamente la doble pereza del no hacer nada o del rendir menos de lo que se puede. Y esta segunda, que es la “madre” de los mediocres, no es menos pereza que la primera.

Todo trabajo, sea manual o intelectual, posee una dignidad que procede de la grandeza de la persona que lo realiza. Su recompensa no es tanto la paga, sino más bien lo que nos hace llegar a ser. Y a eso apuntan las ventajas del trabajo hecho con entusiasmo: embellece nuestro carácter pues nos obliga a practicar virtudes que hacen bueno a quien las posee; también enriquece el mundo y nos permite, a nuestra escala, ser colaboradores de Dios en la obra creadora e identificarnos con Cristo, que trabajó con sus manos en un taller de aldea pero trabajó sobre todo en la obra de la redención, hasta el extremo de dar la vida por cada uno. Desde esta óptica,

si se orienta el trabajo a Dios, trasciende el tiempo y tiene un valor de eternidad que redundará en un gran bien espiritual. Perder de vista el alcance cósmico del trabajo es reducirlo a logros personales que, por muy grandes que parezcan, se centran en el egoísmo individual y apenas sirven para engordar el orgullo, hasta que exploten o caigan por su propio peso. Sólo así vivido, el trabajo nos llena de alegría. Si se vive en competición con el resto produce, por el contrario, intranquilidad, desconfianza y tristeza, y en último término, dificulta esa meta de la plenitud personal en la excelencia.

Así lo ha recordado el Papa Francisco el pasado 1 de mayo: “El trabajo forma parte del plan de amor de Dios; nosotros estamos llamados a cultivar y custodiar todos los bienes de la creación, y de este modo participamos en la obra de la creación. El trabajo es un elemento fundamental para la dignidad de una persona. El trabajo, por usar una imagen, nos «unge» de dignidad, nos colma de dignidad; nos hace semejantes a Dios, que trabajó y trabaja, actúa siempre (cf. Jn 5, 17); da la capacidad de mantenerse a sí mismo, a la propia familia, y contribuir al crecimiento de la propia nación”.

Esfuerzo, pues, que se convierte en un trabajo fructífero y que redundará en la excelencia si, imbuido de amor, brota de la dignidad de la persona que se perfecciona a sí misma y contribuye a la perfección de los demás.

Esther Gómez, Centro de Estudios Tomistas

### **13 Ayuda para la excelencia (junio 2013)**

---

Fue realmente impresionante el testimonio de un medallista paraolímpico, ciego desde los 12 años, al relatarnos con sencillez y profundidad el proceso que recorrió hasta lograr su preciada “medalla de oro”. Acompañado de uno de los guías con los que entrena y corre, este atleta nos contó su rebeldía inicial –contra Dios, contra el mundo, contra sí mismo- su progresiva aceptación, su entrega al deporte y el constante esfuerzo para dar siempre un poco más. Un fuerte testimonio de superación y de excelencia. Y, con todo, casi lo más impresionante del hecho era que cada palabra y gesto suyos ponían de manifiesto que nunca lo hubiera logrado solo. Nunca... La medalla era de todo el equipo, repetía mientras señalaba a su guía. Él ponía todo de su parte, pero ese esfuerzo se completaba y perfecciona con el de sus guías, sus motivadores y por supuesto con el de Dios, a Quien aludió varias veces. Con Él se había reconciliado tras su rebeldía inicial y le daba las gracias por haberle ayudado y sostenido cada día, sobre todo en el constante esfuerzo de aceptación de su situación y de la superación en el deporte.

De hecho, ¿podríamos hacer el bien, superarnos hasta la excelencia, no sólo profesional sino también moral, sin la ayuda de Aquel que dijo “sin Mí nada podéis hacer” (Jn 15, 5)? ¿Podría, incluso, alcanzarse una excelencia profesional desligada de la bondad moral? Pero si es así, ¿dónde queda nuestra libertad? ¿A quién habría que atribuir entonces la medalla de oro?

Santo Tomás de Aquino ya se planteó esto en su época. Y la clave de su profunda respuesta remite a la explicación última de nuestro ser. En efecto, si nuestro ser y nuestra existencia no es algo absoluto en sí mismo, sino que, dicho en términos filosóficos, es contingente, entonces necesita de una causa externa que le dé ese ser y le permita vivir. Esto es claro si pienso que no puedo asegurarme un minuto de vida, aunque deba poner todo de mi parte para conservarla. En este sentido más profundo, si existimos y si vivimos es porque Dios, Causa última de todo, nos mantiene en el ser, nos mantiene vivos. Y desde esta explicación es que necesitamos de Dios para existir y para obrar bien. Sí, pero como Dios no nos ha hecho autómatas, sino seres con capacidad de conocer y de elegir libremente, podemos tomar decisiones y actuar –para bien o para mal.

Ahora bien, sin embargo, todos sabemos lo que nos cuesta hacer el bien, sobre todo de forma constante, y tenemos experiencia de que, queriendo obrar bien, a veces obramos mal. La causa es que nuestra naturaleza está herida por algo que nos ha dejado una profunda huella: el pecado original. No pervierte nuestro ser, pero lo ha dejado con una debilidad para el bien que es preciso corregir. Dios, que lo sabe y no deja solos con esto, por amor nos ha conseguido la “gracia” para corregir ese desorden y desequilibrio y poder así obrar según lo que es realmente bueno, perfeccionándonos como personas. Supuesto esto, el hombre puede “con sus propias fuerzas naturales realizar algún bien particular, como edificar casas, plantar viñas y otras cosas así, -también correr y

correr bien hasta ganar medallas- pero no puede llevar a cabo todo el bien que le es connatural sin incurrir en alguna deficiencia” (*Suma Teológica*, I-IIa, q.109, a. 2).

Este don gratuito de Dios es no sólo algo habitual –nos mantiene en lo que somos y hacemos y lo corrige- sino también algo extraordinario –como al permitirnos participar de su misma vida divina perfeccionándonos en el amor supremo y hacernos compartir la vida de Dios, elevándonos sobre nosotros mismos –cosa que escapa a nuestras fuerzas. En ambos casos, la obra buena sobrenatural se explica por la acción de la gracia de Dios en nosotros que nos mueve, incluso, a aceptarla libremente, pues “el mismo movimiento del libre albedrío por el que nos preparamos a recibir la gracia como don habitual es, por una parte, un acto producido por el libre albedrío bajo la moción divina... y por otra parte, es un movimiento del libre albedrío que tiene su causa principal en Dios” (*Ibid*, q.112, a. 2). Manifestación de que no perdemos la libertad al secundar la gracia de Dios es que también podríamos rechazarla. Y, aunque no es la mejor, es una opción.

Parece, pues, que esa excelencia a que aspiramos –en el atletismo, en otra profesión o en la vida normal- requiere de la ayuda de Dios para mantenernos en el ser y lograr además la plenitud del ser y del obrar, que nos viene al participar en el mismo amor de Dios. La medalla olímpica o la obra bien hecha son importantes, pero se perfeccionan de forma absoluta cuando las realizamos con y por Dios y si aceptamos el regalo de vivir como “hijos adoptivos” y herederos de Dios. La consecuencia de esto será, además, algo mucho más grande que cualquier medalla: la vida eterna, la transcendencia por antonomasia.

Esther Gómez, Centro de Estudios Tomistas

#### 14 El pensamiento crítico a la luz de Amanda Labarca (abril 2021)

No es porque se exija hoy en los procesos formativos de toda educación secundaria, ni porque esté de moda, sino que su vigencia radica en que somos seres racionales que vivimos y actuamos a partir de lo que conocemos. Por eso podemos afirmar que el pensamiento crítico es una exigencia de nuestra racionalidad humana que requiere de ciertas condiciones para desarrollarse a cabalidad. El rostro del Tema Sello 2021 es Amanda Labarca porque, entre otras muchas cosas, valoró y transmitió la importancia de esta actitud. Veamos algo de cómo lo hizo.

Esta mujer nació en 1885 y vivió 85 años llenos de contrastes mientras rompía moldes y abría caminos para el desarrollo pleno de los miembros de su sociedad, especialmente de la mujer. Pudo recibir una educación integral (no sólo intelectual sino también cultural, espiritual y moral), pues fue de las primeras mujeres de su época en completar estudios superiores, y la primera en sustentar una cátedra universitaria. Precisamente por el valor transformador de tal educación, luchó para que estuviera al acceso de todos y lo concretó no sólo en sus escritos sino en la creación de instancias educativas y formativas como Institutos y los famosos Círculos de lectura para mujeres, a partir del 1915. Sabía que sólo un conocimiento lo más completo posible del mundo, las ciencias, la realidad y la historia, que “incluye el pasado como un tesoro de experiencias”, y, por supuesto, de la riqueza de cada persona, nos habilita para cultivar lo mejor de cada uno y, como consecuencia, entregar lo mejor a los demás y la sociedad. Los educadores deben ser ejemplo de lo que quieren promover:

“No podemos enseñar sino por el ejemplo y esto nos obliga a una introspección y un examen crítico de nosotros mismos. [...] Sobre todo, tenemos miedo de mirar la verdad frente a frente; a veces por cobardía, a veces, por evitarnos el dolor de abjurar de nuestros más queridos prejuicios, preferimos vivir en la ignorancia” (“Preludios a un foro”, en *Feminismo contemporáneo*, Memoria chilena).

A ello se orienta el pensamiento crítico que discierne entre lo verdadero y lo falso -etimológicamente crítica alude a lo relativo a *krinein*, verbo griego que significa separar o decidir-, es decir: facilita las bases para conseguir un conocimiento adecuado que nos habilite a vivir y decidir desde la verdad, especialmente superando lo que lleva a falsedades. Esto se concreta, en primer lugar, en contrastar los fundamentos de opiniones o afirmaciones, propios y ajenos, para validar su correspondencia o adecuación con la realidad, o, en caso contrario, corregirlos; en identificar fuentes confiables y las que no lo son, como sucede con tantas opiniones de moda, la posverdad o las fake news. De ahí su centralidad para tomar decisiones adecuadas o prudentes, que piden un conocimiento

cabal de la realidad, mirar a la experiencia para aprender de ella, saber proyectar y considerar las circunstancias. “La prudencia verdadera es la que aconseja, juzga e impera con rectitud en orden al fin bueno de toda la vida” (*Suma Teológica*, II-II, q. 47, a. 13, in c). En segundo lugar, se concreta en un correcto razonamiento que concluya certeramente a partir de las premisas, sin pasos incorrectos o minimizando las influencias de intereses o afectos sobre la razón, a la que pueden enturbiar.

Al respecto, Santo Tomás indica justamente, según las dos aplicaciones del pensamiento crítico, que los juicios errados pueden deberse a una doble causa: a un conocimiento que no se ajusta a la realidad o a una incorrecta deducción racional personal. Dice: “es posible que el error acaezca en la aplicación del principio universal a algo particular por su deducción falsa o por algún presupuesto falso” (*Cuestión sobre la sindéresis*, I, a 2, ad. 1). Y como buscamos por naturaleza saber, no cualquier cosa, sino la verdad, es clave poner los medios para ello evitando el error.

Educación integral y desarrollo del pensamiento crítico contribuyen, concluimos, al bien personal y al común, a los que ayuda, a su vez, esa racionalidad cordial impulsada por Amanda Labarca.

Esther Gómez, Dirección Nacional de Formación e Identidad

### **15 Helen Keller, contraste de luz y oscuridad (respeto e inclusión) (mayo 2020)**

Todos pasamos momentos de oscuridad, de crisis, y hasta de desesperación, pero casi todos tienen un término, antes o después, y eso nos alienta y da esperanzas. Así lo esperamos, de hecho, ante la difícil situación mundial que estamos ahora viviendo. Pero es muy impresionante la situación de las personas que viven en oscuridad real, no un tiempo ni unos meses, sino toda la vida. Me refiero a quienes no pueden ver, por la razón que sea. Y si a esa situación se suma, además, el no poder escuchar, entonces se hace aún más complicado, pues en este caso no puede brotar la esperanza natural al saber que la complicación, tarde o temprano, pasará. Por otro lado, la integración y comunicación con los demás se hacen realmente difíciles y sólo se logra con medios alternativos que suplan los cauces naturales. Y, sin embargo, es posible sobrellevar esa situación con esperanza y, aún más, ayudar a otros en la misma situación. Así lo vivió la protagonista del Tema Sello 2020.

Cuando tenía solo 19 meses, Helen Keller perdió la visión y la audición. Esta niña, nacida en Alabama en 1880, creció así medio aislada de quienes la rodeaban y al capricho de su naturaleza. Sus padres no supieron educarla y sólo a través de una escuela para niñas ciegas, lograron que su maestra, Anne Sullivan, que había sido también ciega, pero que recuperó la vista, le enseñara no sólo modales sino a comunicarse a través del lenguaje de señas. Esto le abrió a Helen un mundo, siguió aprendiendo cada vez más, culminó estudios superiores y, ya adulta, lideró en Estados Unidos y en otros países, la defensa de las personas que, como ella, tenían dificultades para comunicar y comunicarse, ser aceptados, por lo que no se sentían respetadas como personas ni incluidas en la sociedad. Murió en 1968.

Realmente su vida se nos presenta, especialmente este año, como un ejemplo de lo que se puede lograr con una voluntad tenaz, abierta al saber, a la verdad, al bien y al amor a los demás y a Dios, y segura del apoyo incondicional de un guía o maestra que caminara delante de ella para así despejar las espinas del camino a recorrer. Pero no es sólo ejemplo de superación y de dar lo mejor de sí, también lo es de respeto e inclusión. La oscuridad física en que vivió y creció, pudo iluminarla con esa apertura al conocimiento y al mundo de los demás y de Dios, con los preciosos vínculos que estableció con tantas personas y con el impulso que su vida supuso para tantos. Por eso no extraña que afirmara que “Lo mejor y lo más bonito de esta vida no puede verse ni tocarse, debe sentirse con el corazón”, y “Cuando hacemos lo mejor que podemos, nunca sabemos qué milagro se produce en nuestra vida o en la de otros”.

Su orientación interior hacia una luz más profunda que la que podemos percibir por los sentidos, es lo que le dio fuerza para descubrir que el valor de cada persona, no sólo el suyo, radicaba y radica no en su exterior - apariencia o capacidad- o en su actividad, en lo que haga o deje de hacer, sino en su grandeza interior, en su alma espiritual e inmortal, capaz de trascender más allá de lo sensible hasta lo invisible, hasta el corazón, hasta Dios. Esa es la verdadera fuente del respeto y de la dignidad de cada persona, que “significa lo más perfecto que hay en toda la naturaleza” (*Suma Teológica*, Ia, q. 29, a. 3, in c), de ahí que sea “[...] necesario que exista un orden conveniente entre el ser humano y sus semejantes en la vida ordinaria, tanto en sus palabras como en sus obras; es decir, que uno se comporte con los otros del modo debido” (*Ibid*, II-IIa, q 114).

### *Los valores de nuestro sello*

Helen Keller aprendió a dar a cada persona un trato adecuado, acogiendo positivamente sus particularidades y diferencias, manifestación de su identidad y de la riqueza de la diversidad. Ella aprendió en primera persona la riqueza del complementarnos y enriquecernos mutuamente entre todos, y porque así vivió, lo pudo defender para todos, en especial para los que, como ella, eran vistos de otra manera.

La oscuridad nunca es absoluta, pues siempre hay algún rayo de luz, aunque necesitemos del amor, respeto y dedicación de los demás para descubrirlo, y, a su vez, hacerlo descubrir a otros. Hoy, para nosotros, sigue siendo actual su invitación: “No existe una manera más hermosa de dar gracias a Dios por tu vista, que brindando una mano de ayuda a aquellos que por carecer de ella viven en la oscuridad”.

Esther Gómez, Directora Nacional de Formación e Identidad